DISCURSO INAUGURAL

PRONUNCIADO

EN LA UNIVERSIDAD LITERARIA

de esta Corte

POR D. ALFREDO ADOLFO CAMUS

en 1.° de noviembre de 1843.



Madrid:
IMPRENTA Y FUNDICION DE D. E. AGUADO.

1843.



DISCURSO

INAUGURAL

PRONUNCIADO EN LA UNIVERSIDAD LITERARIA

de esta Corte

EL DIA 1.° DE NOVIEMBRE DEL PRESENTE AÑO DE 1843.



DISCURSO INAUGURAL

PRONUNCIADO

PARA LA SOLEMNE APERTURA

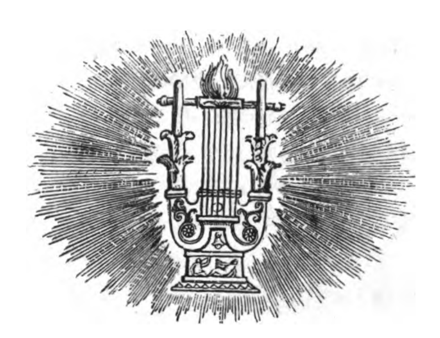
DEL CURSO DE 1843 A 1844

EN LA UNIVERSIDAD LITERARIA DE ESTA CORTE

EL DIA 1.° DE NOVIEMBRE ULTIMO

POR DON ALFREDO ADOLFO CAMUS,

Catedrático de Literatura.



MADRID:
POR AGUADO, IMPRESOR DE LA UNIVERSIDAD.

1843.

Excmos. Señores:

La severidad del reglamento me impone hoy la obligacion de llevar la palabra en nombre del Claustro de la insigne Universidad de Madrid para inaugurar el entrante curso de 1843 á 1844; obligacion honrosa, pero desproporcionada á las fuerzas de un profesor novel, que aspirando todavía á los altos grados académicos, siente la diferencia que media entre la no difícil tarea de hablar á dóciles alumnos, y el peligroso empeño de dirigir ahora su voz á tan respetable concurso de personas eminentes en todos los ramos del saber, entre las cuales observa con veneracion y temor á sus maestros y á sus futuros jueces.

Para ahora y para entonces necesito de la indulgencia de todos: yo la reclamo y cuento con ella, pesaroso únicamente de no poder en esta solemne ocasion ofrecer un alarde de mis pobres estudios, dominado como me hallo por una impresion que excita mi entusiasmo y sensibilidad mas bien que las fuerzas de mi ingenio.

Sí: al verme yo, si bien por un breve momento, intérprete del primer cuerpo universitario de la monarquía, siento que mi espíritu se eleva, que mi imaginacion se agranda, que los objetos de mi culto juvenil adquieren dimensiones sublimes; y ya desde esta cátedra me figuro abrazar las glorias pasadas y el brillante porvenir de las ciencias en España. Yo apenas he alcanzado aquellos dias en que, arrebatada la juventud por un acelerado movimiento intelectual, acudia presurosa á las antiguas fuentes del saber, que en varios puntos habian abierto á porfía las liberalidades de los reyes, el celo de la Iglesia y la solicitud de los procuradores de las ciudades. He conocido sí y estoy viendo todavía admirables restos de aquella época de gloria literaria; pero cuando mi edad, alentada por una vocacion irresistible, acudia á ser partícipe de iguales beneficios, encontré cerradas las puertas del templo de la sabiduría, porque un gobierno suspicaz, temeroso de la propagacion de las luces, habia resuelto mantener en la ignorancia á esta juventud generosa, cuya impaciencia aumentaba á proporcion de los obstáculos que á sus nobles deseos se oponian. Yo recuerdo con patriótica ternura á una Reina heróica, cuyo primer acto de gobierno fué el franquear á todos el antes vedado campo de la inteligencia; y cuando despues de tantas vicisitudes, luchas y perturbaciones, veo á su escelsa hija á la víspera de empuñar el cetro de paz y de ventura que la Providencia le tenia destinado, me imagino ser el nuncio de una nueva era de ilustracion, que ha de restituir á nuestra patria su antiguo asiento y primacía entre las naciones mas cultas del universo.

Ya lo que antes hasta cierto punto podia considerarse

como mera gala y atavío, ó cuando mas como patrimonio de algunos pocos, pues pocos eran los que tenian á su cargo el alto regimiento de la república, ha venido á ser una necesidad, y necesidad para muchos, desde que, entregados á la pública discusion los mas elevados principios, sus mas delicadas aplicaciones y los mas grandes intereses de la sociedad, ejercen todos los ciudadanos moderada influencia en los negocios procomunales. De aqui procede la solicitud con que el Gobierno ha procurado, entre las angustiosas atenciones de lo presente, preparar un inmenso porvenir, estableciendo un sistema armónico en las enseñanzas generales y especiales, ordenando sus varios grados, sustituyendo la utilidad al caprichoso y anticuado privilegio, y haciendo que el pasto intelectual sea nutritivo, variado y provechoso para el mayor número.

A esto debemos el hallarnos reunidos en este sitio despues de la traslacion á Madrid de la insigne universidad de Alcalá, monumento glorioso de aquel varon de vasta comprension y fortaleza de ánimo, honra de su patria y de su siglo, del gran cardenal Jimenez de Cisneros. Afecciones de la infancia le hicieron preferir el pueblo donde habia seguido sus primeros estudios, en ocasion en que, careciendo de capital constante el imperio español recientemente constituido sobre mas anchas bases, la villa de Madrid ofrecia pocas ventajas para su grandioso pensamiento. Pero variada por la accion contínua de mas de tres siglos la importancia relativa de una y otra localidad; colocada en este recinto la sede del Gobierno y el concurso de los grandes poderes; llamada á él la afluencia de los hombres eminentes en todos los ramos y los grandes depósitos inanimados de instruccion;

modificado por otra parte el aspecto y el fin de las ciencias que fueron antes casi del todo especulativas, tiempo era de que obrase entre estos grandes cuerpos la ley universal de la atraccion, y volviese Madrid con mas motivo á ser "*madre de ciencias*," segun la interpretacion que á su nombre han dado algunos etimologistas.

El establecimiento de la antigua universidad de Alcalá, de cuyo clarísimo origen nos gloriamos, coincidió con otra época de renacimiento, en que la política, las bellas artes, los conocimientos humanos, las comodidades de la vida y la entera máquina social en todas sus relaciones sufrieron una feliz revolucion. Tres siglos habian transcurrido desde que la sabia Salamanca empezára á ejercer sobre el mundo civilizado la autoridad de sus decisiones; pero ya cuatrocientos años antes la Universidad de París, digna concepcion del genio absorvente y organizador de *Carlo-Magno*, habia señalado otra época de regeneracion y sobrevivido á la division del grande imperio, como el único monumento que perpetuaba en la interminable carrera de la humanidad la memoria del gran paso dado hácia la moderna civilizacion.

Tardíos fuimos á la verdad los españoles en dar á los estudios aquella pomposa organizacion que parece estar vinculada en el nombre de UNIVERSIDAD. Antes de la invasion de los árabes la instruccion pública no habia entrado todavía en ninguna nacion de Europa como parte del sistema administrativo, y la enseñanza hubiera permanecido por largo tiempo reducida á la condicion privada, si una religion divina, que sin destruir el sentimiento de la individualidad, poderoso móvil de las acciones humanas, habia introducido aquella fraternal comunicacion y misterioso magnetismo de las

almas, no hubiera venido á suplir la falta de los hombres, y no hubiese revelado una verdad desconocida, de que despues se apoderó la sociedad civil, imponiéndose el deber de instruir y adoptándolo como base de magníficas instituciones. La ciencia, refugiada en el silencio de los claustros, no quedaba allí estéril, sino que se propagaba como una santa tradicion; las Catedrales abrian escuelas, de que resta todavía un débil recuerdo en la denominacion de ciertas dignidades. De otra manera sería imposible explicar cómo en la barbarie de los tiempos, en la ausencia de los medios de rápida reproduccion, que hasta mas adelante no se descubrieron para cambiar la faz del globo, podian haber aparecido aquellos varones doctísimos que compilaron el *Fuero Juzgo*, que fundaron sobre bases admirables la disciplina de la Iglesia española, y que sostuvieron empeñadas controversias entre la fé y el error; puntos luminosos esparcidos en medio de las tinieblas que envolvian la Europa. Imposible era, repito, que la vasta doctrina necesaria para tamaña obra se hubiese aprendido en aisladas elucubraciones; imposible que la unidad de las creencias entre los católicos, y el proselitismo de los sectarios de Prisciliano, se labrara sin una comunicacion y comercio de ideas adquiridas desde la juventud y trasmitidas por maestros de grande autoridad. El hecho es que la rusticidad goda, ya fuese por lo benigno del clima, ya por el roce con la decadente cultura del imperio, se pulió mejor en España que en cualquiera otra region; y si no hubiera sobrevenido por el lado opuesto otra irrupcion espantosa que todo lo arrolló, oponiendo un nuevo obstáculo á los progresos de la humanidad, no hay duda en que en este estremo del continente conocido se hubieran recogido

y rehecho del primer trastorno las fuerzas intelectuales que habian de reconquistar la perdida ilustracion.

Tales fueron los efectos de la invasion sarracena; que empujando hasta los escabrosos confines del territorio la independencia española, ahogó todo sentimiento que no fuese el de la resistencia material, y en su violento choque fraccionó el pais en tantos estados, que ya solo el recuerdo quedaba de la antigua nacionalidad. Evidente es, Excmos. Señores, que en aquel incendio no podian menos de perecer las semillas del saber que iban á germinar á beneficio de la paz, y del irresistible ímpetu interior que conduce á la humanidad por el camino de su progresiva mejora. Esta calamidad sin embargo tuvo mas adelante alguna compensacion, porque suavizados por la victoria los primeros furores de la tremenda arremetida, los árabes trajeron sus artes para aclimatarlas en sus nuevos dominios. Desde entonces contemplamos la lucha entre dos civilizaciones distintas en su orígen, ambas poderosas por sus medios; una de ellas triunfante, pero, segun observa con tino singular uno de nuestros mas apreciables escritores (*), adherida siempre á un sistema de inmoble despotismo y nulidad política, incapaz de mejoras en el órden social, y llevando dentro de sí misma el gérmen de su destruccion: la otra por el contrario abatida, desconcertada por el golpe terrible que habia recibido, pero con una fuerza de vitalidad perpétua, con una tendencia irresistible, que puede ser comprimida por algun tiempo pero jamas aniquilada, hácia el progreso indefinido en el órden intelectual y moral. Hé aqui el secreto de aquel

(*) TAPIA, *Historia de la civilizacion española*, cap. 14.

efímero esplendor con que lució la España para las ciencias bajo la dominacion arábiga; esplendor eclipsado despues, tan luego como faltó la circunstancia del ejemplo, de la emulacion y de la benéfica influencia de nuestro cielo. Aqui por primera vez los príncipes de aquella nacion abrieron á sus espensas escuelas públicas á la juventud estudiosa; por aqui se introdujeron en Europa vertidas á otro idioma las obras admirables de la docta antigüedad; aquí se formaron aquellas academias que suponian un grado de ilustracion superior al que poseian entonces los demas paises.

Entretanto nuestros padres, empeñados en la noble empresa de sacudir el yugo extrangero, no descuidaron la propagacion de los conocimientos. Cuántos estorbos se opusieron á su noble propósito, cuánto esfuerzo fuera necesario para vencerlos, es cosa fácil de concebir. Pero la accion era espontánea y general. Los *trovadores* de nuestras provincias, derramados en ambas vertientes de los Pirineos orientales, fijaban aquella lengua hija primogénita de la latina, y en ella preludiaban los magníficos acentos del DANTE y del PETRARCA: la lengua castellana balbuciente todavía, preparaba la vulgarizacion de los mas altos conocimientos, recónditos hasta entonces al comun del pueblo. El amor á las ciencias y á las artes del ingenio penetraba por las masas y se elevaba hasta el trono, dando inmortal renombre á un rey de Castilla, que en sus Códigos, en sus *Tablas* y en sus Cantigas tomaba gran trecho la delantera á su siglo, que se afanaba por alcanzarle. Y al través de una guerra de setecientos años, perturbados ademas por frecuentes revueltas civiles, causa ciertamente asombro que la reaccion civilizadora fuese poderosa hasta el punto de anticipar la fundacion

de las altas enseñanzas á la época del órden y de la integridad de la monarquía.

Los grandes servicios que á la ilustracion general prestaron las universidades españolas, los varones distinguidos que produjeron, la autoridad que ejercieron en las cuestiones de mayor importancia, la consideracion que justamente alcanzaron de los monarcas sus patronos, mejor que yo lo sabreis, Doctores sapientísimos, á quienes me es sensible en este momento haber entretenido con la repeticion de ideas que os son tan familiares. ¿Qué podia yo decir de nuevo ante un concurso semejante? Harto habré logrado si algun tanto he podido interesar vuestro patriotismo con el rápido recuerdo de las glorias pasadas, y si algo oso añadir de lo que mi pecho siente sobre la futura suerte de los estudios universitarios, á cuya conservacion y mejora somos llamados por el Gobierno de la nacion.

Nos hallamos, Señores, entre un pueblo que, recien regenerado, participa por lo mismo de toda la impetuosidad juvenil y de toda la madurez de la esperiencia y del escarmiento; entre un pueblo cansado de combatir, que necesita reposo y desea entregarse á mas pacíficas tareas: hemos de iniciar en los altos misterios del saber á una juventud que ha de decidir dentro de poco sobre el destino de la patria y nos ha de juzgar á nosotros mismos. Cuanto las circunstancias nos favorecen, otro tanto es delicada é importante nuestra mision, otro tanto severa nuestra responsabilidad. Tenemos el ejemplo de nuestros mayores, que se hallaban un dia colocados á la cabeza del movimiento intelectual: tenemos el ejemplo de los extranjeros, que, mas prácticos en la senda de la juiciosa libertad, menos trabajados

por la desgracia, nos preceden en muchos ramos de conocimientos, y es preciso ponernos á su nivel. Ya no basta como en otros tiempos dividir la vida del profesor entre aprender y enseñar: el estado de fecundidad artificial en que se halla la mente humana, la activa comunicacion y cambio rápido de las ideas que aparecen, exigen que el estudio siga sin interrupcion, y que sea doble la tarea del profesor. Mucho esperan de nuestros esfuerzos aislados, la patria que nos ha conferido este sacerdocio, los padres que nos confian sus hijos, los jóvenes que acuden ansiosos á recibir nuestra instruccion. ¡No defraudemos, Señores, tan legítimas esperanzas!

Pero debo tambien decir, que muy poco aprovecharian nuestros esfuerzos si no contáramos con la proteccion del Gobierno de S. M., que tan solícito se muestra para la propagacion de la enseñanza en la extensa escala que marca las grandes divisiones y grados de los conocimientos. Largo es el paso que se ha dado con los trabajos hechos y proyectados para reformar los estudios filosóficos, trabajos dignos de la época y del hombre de estado que los ha promovido y formulado, y dignos tambien de la gratitud de la Universidad. Pero ancho campo queda todavia para sujetar á un pensamiento fecundo y grandioso las diversas partes que forman el conjunto, y dar al cuerpo universitario aquella dignidad y prestigio que debe enlazar sus actuales triunfos con las venerandas tradiciones de tiempos remotos, y constituir una escuela española de formas características, que refleje el espíritu del pais, y que oponga á las escuelas extrangeras una serie de nombres famosos en las ciencias y beneméritos de la humanidad.

No es para este discurso, ni para el que tiene la honra de pronunciarlo, indicar siquiera las bases de este suntuoso edificio nacional; pero si me es lícito emitir desde este sitio mi humilde opinion particular, si puedo sin pretension de ninguna especie espresar un deseo que afecta gravemente mi ánimo, permitidme, Señores, saludar el dia en que, elevada la Instruccion pública al rango que de derecho le pertenece en el sistema general de administracion, forme el objeto de un ministerio todo paternal, que descargado de la balumba de negocios políticos, capaces por sí solos de abrumar la cabeza mas firme, deje libre, espedita y sin distraccion alguna la atencion del sabio consejero á quien la Corona encomiende la direccion suprema de la generacion que crece, plantel de las ideas que un dia han de dominar. Entonces la accion del Gobierno sería contínua, rápida, firme, autorizada con el sello de una perita especialidad, y la mejora de los estudios caminaria á la par de los adelantamientos del siglo y de las necesidades de la sociedad.

Poderoso auxilio para los gobiernos han sido con frecuencia las universidades, cuando á ellas han recurrido en cuestiones árduas para cuya resolucion era necesario un cúmulo de conocimientos que dificilmente pudieran encontrar en otra parte. Recordemos que en tiempo de los Reyes Católicos la universidad de Salamanca fué consultada sobre el proyecto de Cristobal Colon, cuando anunciaba un nuevo mundo á la incrédula Europa; que la de Alcalá fué consultada por el rey D. Cárlos II cuando trató de otorgar el célebre testamento que debia abrir una nueva era y ascender al solio español una nueva dinastía. Y en nuestros tiempos las universidades de la docta Alemania, preguntadas sobre la

legítima sucesion de Fernando VII, han dado un fallo á favor de la escelsa Isabel, preparando de este modo la opinion de las potencias del Norte, cuyas antipatías y escrúpulos habrán de ceder ante la autoridad de los doctos.

Puntos de alta importancia podrian ilustrar las universidades del reino, si el Gobierno tuviese por conveniente oir su voto para dar el último remate á la grande obra de la reforma cuyos cimientos están echados. La nacion se halla todavia sin códigos que uniformen la legislacion y la concilien con los principios reconocidos de justicia y con el estado actual de la sociedad; delicadas controversias de regalía y de disciplina tendrán que suscitarse probablemente para arreglar nuestras diferencias con la corte romana; y si, salva siempre la suprema sancion legislativa, se añadiese como garantía de acierto el dictámen de cuerpos tan respetables, infiérase el valor que adquiririan las resoluciones para ser firmes y acatadas por la opinion.

Hasta tal punto puede elevarse, en beneficio público y en gloria de la nacion, la influencia de las universidades, si escitada la emulacion y aprovechados los preciosos elementos que encierran, el Gobierno y los profesores á porfía emplean todo su conato en corresponder al grande objeto de esta clase de instituciones. Recobre España su preponderancia literaria; y supuesto que la sabiduría no cabe ya en los límites de los grandes estados, y se señalan puntos de reunion adonde acuden periódicamente los hombres eminentes de todas las naciones para comunicarse sus adelantamientos, hagámonos dignos de alternar con decoro entre los sabios, y mostremos al mundo que aqui tambien se enseña y se aprende: que podemos ser libres porque no somos ignorantes.

Y vosotros, jóvenes estudiosos, á quienes se abre este gran tesoro, coadyuvad á nuestros esfuerzos, pues la gloria vuestra ha de ser. Despues de los trastornos de que ha sido testigo vuestra infancia, despues de esta lucha de odios y divisiones, vais á ser partícipes de los bienes á costa de tanta sangre y lágrimas comprados, y á gozar de esta época de paz y fraternidad que vuestra anticipada prudencia hará duradera. Vereis como el estudio tiene bellezas capaces de cautivaros, y como el aprecio de vuestros conciudadanos compensará con usura vuestras fatigas, y sereis el ornamento de la patria que con la instruccion os da un nuevo ser. **He dicho.**

Madrid 1.° de noviembre de 1843.

Alfredo Adolfo Camus.

